

ELLAS,

GACETA DEL BELLO SEXO.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS.

I.

Desarrollar en cada individuo toda la perfección de que es susceptible, hé aquí el objeto de la educación.

(KANT.)

Cumpliendo lo que ofrecí en mi artículo anterior, empezaré por considerar los caracteres que presentan la niña y el niño. Desde luego, aun en la edad mas tierna, se descubre en aquella mas *afectividad* que en este: cualquier observacion que hagamos sobre ellos nos presentará inmediatamente este carácter. En efecto, á un mandato imperioso ó demasiado rígido el niño se irrita, frunce las cejas y se separa manifestando su irascibilidad y su sentimiento de no tener fuerza suficiente para revelarse contra él. La niña por el contrario se aproxima, y con sus ademanes y caricias suplica que el mandato se dulcifique. En el niño, pues, se ve una propension á mandar, y en la niña á someterse á los mandatos tratando únicamente de atenuarlos por la sumision.

Conforme avanzan ambos en la carrera de la vida, se ve á la niña mas familiar y al niño mas sociable: este toma parte por sí en las conversaciones; aquella por el contrario siempre parece que busca un amparo en el regazo maternal: hay pues una propension en el niño á emanciparse de la familia, puesto que se lanza á la sociedad sin llamar á su padre, mientras que la niña busca siempre la proteccion de su madre: el uno toma con mas

facilidad afecto á los estranos y sin gran violencia abandona por ellos á su familia mientras que la otra profesa un afecto mas entrañable á las personas que la rodean y dificilmente se separa de ellas sin sentimiento.

De aqui nace que el hombre tiene mas propension á la sociedad que á la familia, y por esto se ve en el niño mas aficion a todos los ejercicios que le unen á la primera, aunque lo separen de la segunda: asi le vemos dedicarse con gusto al estudio, y hay en él una inclinacion natural á ser un sabio ó un héroe; mientras que la niña no ama el estudio ni las acciones grandes, porque estas exigirian de ella menos concentracion en la familia.

De esto dedujo la filosofia antigua que el hombre era á propósito para ser un sabio ó un héroe, y la muger no. Asi hemos visto escandalizarse á la corte mas galante de Francia cuando el abate Fleuri, creyendo que una jóven debia saber algo mas que cantar, bailar y hacer una cortesía, pidió que se las enseñase á leer, escribir y contar, y que tuviesen un conocimiento de los negocios suficientes para poder tomar consejo y de la medicina para curar á los enfermos. Y para que no se tomase por loco al ilustre Feneion cuando añadió que debian aprender historia y podia permitírseles leer obras de elocuencia, literatura y poesia, tuvo que justificarse diciendo: «que las mugeres son la mitad del género humano redimidas con la sangre de Jesucristo y destinadas como nosotros á la vida eterna.»

Nada dice tanto contra tan absurda

preocupacion como estas palabras del abate Fleuris: «Se quiere que las mugeres no sean capaces de estudios como si su alma fuese de otra especie que la de los hombres, y como si no tuviesen lo mismo que nosotros, una razon que conducir, una voluntad que gobernar y pasiones que combatir, ó les fuese mas fácil que á nosotros satisfacer á todos estos deberes ni aprender nada.» Este error ha nacido de una consecuencia mal deducida de los principios que acabamos de esponer. La filosofia antigua al sentar este absurdo confundió lo que es facultad con lo que es solo una propension de facultad, puesto que tomó por facultad la propension al estudio y el heroismo en el hombre, y por carencia de facultad la falta de propension en la muger. Afortunadamente la filosofia moderna ha establecido esta diferencia, y lo que la civilizacion necesita para completar su obra y dar un mentis á sus detractores es *dirigir las propensiones de los dos sexos armonizándolas de modo que se aproximen todo lo posible.* De esta manera se conseguir á despertar mas familismo en el niño, y así no tendremos un Bruto y un Guzman el Bueno, que sacrifiquen la familia en aras de la patria, sino héroes en la esfera de la razon: y despertando la sociabilidad en la niña, tendremos un afecto hácia la familia, pero que no degenera en delirio.

La idea de ejercer el monopolio y la opresion sobre la mitad del género humano, no solamente en el terreno material, sino hasta en el de la inteligencia, está tan arraigada, que ha hecho retroceder hasta á los mas acérrimos defensores del progreso de la muger: el mismo Fenelon dice: «no debemos dedicar á las mugeres á estudios con que pudieran enfiatarse, porque ellas no han de gobernar el Estado ni hacer la guerra.» Ciertamente, contesta Aimeé Martin: pero si gobiernan á los que mandan y tienen á sus pies á los que combaten, ¿cuáles serán los resultados de su ignorancia ó de su instruccion?» Prueba de esto mismo, añade en otra ocasion el gran genio á quien acabamos de refutar, «que el bien es imposible sin ellas, que arreglan los detalles domésticos, y que por consecuen-

cia deciden de lo que toca mas cerca al género humano.» La gran importancia de la educacion de la muger consiste en que la nuestra es siempre una consecuencia de la suya. Por esto de su educacion frívola nace nuestra frivolidad; de su indiferencia por las cosas de alguna importancia nace nuestra indiferencia política y moral; hemos trabajado porque ellas tengan defectos, y estos defectos se reflejan en nosotros, puesto que segun el feliz dicho de Sheridan, *la naturaleza se sirve de la muger para escribir en el corazon del hombre.*

Desarrollar en cada individuo todas las perfecciones de que es susceptible; hé aquí el objeto de la educacion. Si se hubiera comprendido esta sabia máxima de Kant, no tendríamos que lamentar los efectos de la educacion que recibimos. Sus defectos principales son: 1.º que no desarrolla nuestras facultades, sino que por el contrario las enerva por el abuso de la inteligencia, ó las deja secar por falta de desarrollo; 2.º que teniendo el hombre y la muger que vivir en sociedad, separa sus facultades é inclinaciones en lugar de aproximarlas.

Por esta razon es necesario é indispensable *armonizar las propensiones de los dos sexos de modo que se aproximen todo lo posible.*

F. M. LOPEZ.

Entusiasmo y Desaliento.

¡Venga mi lira! con ella,
cual errante trovador,
de ese mundo seductor
quiero el ámbito cruzar.

¡Venga mi lira...! sus ecos
ya lánguidos, ya espresivos,
ya dolientes, ya expansivos,
se unirán á mi cantar.

—
Sí; quiero ver ese mundo
que en mis sueños he creado;
quiero sacudir mi estado
de marasmo y de sopor.

Ya me cansa, me fatiga
esta vida estacionaria;
quiero existencia mas varia,
quiero otra vida mejor.

Quiero mirar otro cielo,
quiero ver otro horizonte;
quiero la cima del monte
con mi lira trasponer.

Quiero ver otras campiñas,
quiero ver otras regiones;
y el eco de mis canciones
quiero en el aire perder.

Quiero mirar de los mares
la superficie tranquila;
quiero elevar mi pupila,
como el águila, hasta el sol.

Quiero, arrojando la furia
de sus ondas revollosas,
hallar playas mas cichosas
que las del suelo español.

Que no doblarán mi brio
los sañudos aquilones,
pues oí de los cañones
el horrendo rebramar;

Y mas gratos en mi oído
sonarán, que de esta tierra
los acentos de la guerra,
los rugidos de la mar.

¡Paso...! dejadme poner
en el desierto mi planta,
allí do altiva levanta
la palma su ornada sien;

Que tal vez junto á su tronco
tanto mi acento se eleve,
que sus ramas muy en breve
cúen mi frente tambien.

Dejadme pasar do el hombre
disfruta de su albedrío,
y soy libre, dice; es mío
del cielo el ancho dosel.

Los seres, la tierra, el viento,
son tributo á mi valor:
me dá la mujer su amor,
su obediencia mi corcel.

Paso, dejadme á esas grutas
de verdura y de cristal,
do no zumba el vendabal,
do no mugen el aguilon;

Donde tan solo los ecos
de las aguas bullicientes
de sus puras, claras fuentes
modularán mi canción.

Mas ¡oh sueños!.. sueños míos,
¿do llevais mi pensamiento?
Ved que es mayor mi tormento,
cuanto es mas grato el soñar.

Esos cielos, esos mares,
ese mundo, esos placeres,

¡ay! las débiles mujeres
no podemos contemplar.

Que si es cierto que los hombres
nuestra lira nos dejaron,
los cancelos nos cerraron
de ese mundo, de ese eden.

Siempre, siempre en sus dinteles
anhelantes nos miramos:
¡ay! verdad es que cantamos...
pero lloramos tambien.

Así tambien el canario
en sus doradas prisiones
puede libre sus canciones
y sus trinos modular.

Allí le miman, le alagan
y le cuidan con esmero,
y le llaman compañero...
mas no le dejan volar.

¡Y feliz el que consigue
una tierna compañera,
que su suerte partir quiera,
sus placeres y su amor!..

Y mas feliz la cantora
que consigue en su quebranto,
que otra voz se alce á su canto
y acompañe su clamor!

Mas triste de la que sola
en sus prisiones sujeta,
con un alma de poeta
la gloria llega á entrever.

El raiseñor en la jaula
solamente vive un día...
así pues la mente mía
se muere oprimida en mi ser.

VICENTA GARCIA MIRANDA.

Glorias del Bello Sexo.

RITA LUNA.

(Conclusion.)

IV.

Obtenida su jubilacion, permaneció al-
gun tiempo en Madrid en el mas comple-
to retiro; mas advirtiéndole que á pesar
de las severas órdenes que daba á sus
criadas para que solo advirtiesen á cierto
número de personas, estas se hacian mu-
chas ansiosas de gozar los encantos de su
conversacion, abandonó la corte de Es-
paña en el momento que la ocupaban las
huestes de Napoleon, retirándose á Mála-

ga, donde habiendo adquirido los principios de una enfermedad crónica que la siguió molestando hasta su muerte, pasó á Caratraca y otros puntos, fijándose últimamente en Toledo, que dejó para trasladarse al Pardo, pueblo mas retirado, de menos trato y en el que pudo entregarse con mas libertad á prácticas religiosas, viviendo en el porespacio de catorce años en el mas total aislamiento y voluntaria oscuridad que puede imaginarse, hasta que en 1852, pasando á Madrid á fin de visitar á una hermana enferma, la acometió una pulmonía que dió fin á su vida en 6 de marzo, cuando contaba 62 años de edad.

De cualquier modo que se la juzgue, no podemos menos de admirarla. Como actriz sobrepujo á cuanto hasta allí se habia visto, haciendo agradable el mal gusto que reinaba en la composicion de las piezas dramáticas y el detestable estilo introducido en la declamacion; sin sus aventajadas dotes que cubrian todos los lunares, fuera imposible haber ido al teatro, sin modelos de ninguna clase, y con los recuerdos que aun quedaban de la admirable Riquelme, tuvo que crearse la admiracion y el aplauso que do quiera la tributaban. Su bella y airosa presencia atraia simpatías en su favor; y al escucharla, al oír las modulaciones de su interesante voz que se abria paso hasta el alma de los espectadores, al presenciar las lágrimas de fuego que hacian brotar las de cuantos la escuchaban, y al ver las diversas afecciones que retrataban sus negros y penetrantes ojos, el entusiasmo era indefinido, grande, la enagenacion se apoderaba de los concurrentes, y su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona, hacian que pareciese en la escena como una princesa rodeada de comediantes. Hábil para todos los géneros, cultivó con preferencia el de las comedias de enredo, y fue una lástima que la tragedia estuviese abandonada para que hubiera lucido en ella las felices disposiciones que manifestó en papeles desgarradores y aflictivos, así como es tambien sensible que Isidoro Maíquez, el eminente actor y esforzado patriota, no hubiere trabajado con ella para que las demas naciones en-

vidiáran tan inimitable pareja, pero los que en vida por rivalidad acaso no pudieron juntarse, hoy despues de muertos campeon gloriosamente en uno de los principales teatros de esta corte, uno al lado del otro como de premio á su talento y estímulo de discípulos.

Como á mujer, la virtud y la honradez presidieron siempre sus acciones; nadie pudo tacharla en lo mas mínimo, y la sátira que se ensañó cruelmente con muchas de sus compañeras, no disparó para ella ni una invectiva, no alimentó las esperanzas y los deseos de cuantos la ofrecieron su obsequio, pero tampoco se gozó en atormentarlos ni en despedirlos bruscamente. Su trato fino y afable con todo el mundo, jamás se resintió de la afliccion oculta que anublaba la felicidad de sus dias, á nadie importunó con una queja, ni nadie la vió derramar una lágrima; su alma sufrió en silencio. De un natural compasivo todos los que se acercaban á ella, marchaban socorridos y consolados, llegando algunas veces á despojarse de las ropas que llevaba para darlas á quien las necesitab., no pudiendo ver con indiferencia las desgracias ajenas.

Tanto en el tiempo que perteneció á la escena, como cuando estuvo retirada de ella, trabajaba diariamente en labores propias de su sexo que vendia para remediar con sus productos las necesidades de los pobres, empleándose durante la guerra de la independencia en hacer hilas para los heridos y hasta en curarlos, pues desde los 40 en adelante, las ideas religiosas tomaron mayor incremento en su alma, pareciendo entregarse toda entera á conseguir la salvacion. Constantemente en su cuarto, entregada á sus meditaciones piadosas y á su trabajo para los pobres, tan solo se presentaba á su familia á las horas de comer, sin permitir que durante la comida se hablase de cosa alguna relativa á su profesion; deseo que exigió siempre ver cumplido y que la acompañó hasta su muerte; pero la que en fuerza de un enigma indescifrable queria olvidarse de haber encumbrado tanto con su talento las glorias escénicas é imperado sola en el templo de Talia, no pudo borrar la memoria de los que la aplaudieron, el grato recuerdo de sus laure-

les y de que los hijos de estos la hayan consagrado algunas líneas de veneración donde quede gravado al menos su nombre, y halle hoy día en que se han roto las vallas que opusiera la preocupación muchas imitadoras, ora para mantener con brillo el arte, ora para practicar sinceramente la virtud.

LUISA NUÑEZ.

A la Sta. doña Carolina Coronado.

¿No os conmueve ese canto?
parece que del cielo se desprende;
oh! su latido el corazón suspende
temiendo destruir tan bello encanto.

¿Qué inefable dulzura
se encuentra en ese acento!
¿es acaso la voz del sentimiento
de un alma noble y pura?

¿O es quizás ese canto melodioso
del harpa de un querubeco lejano,
pintar queriendo ufano
el placer de que goza venturoso?

En vano, en vano con ferviente anhelo
busca mi fantasía,
que no pueden tener tanta armonía
las liras de los ángeles del cielo.

Solo tu canto, hermosa Carolina,
puede sonar con tan sublime acento,
que solo á tí el Señor te ha dado aliento
para cantar su magestad divina.

Esa es tu voz, oh sí! tu voz hermosa:
la dulce brisa leve,
con mas placer parece que se mueve,
por llevarla en sus alas presurosa.

Al escucharla el alma embebecida,
despreciando los goces terrenales,
se eleva á esas regiones inmortales,
do un continuo placer forma la vida.

Oh, perdona mujer! á mi despecho
suenan las cuerdas de mi ronca lira,
no pudiendo encerrar dentro del pecho
la admiración que tu talento inspira.

Ay! cuantas veces recorrí afanoso
del Guadiana la ribera umbría,
creyendo que en el viento percibía
de tu canto el perfume delicioso.

Que al oír los dulces ecos
de tu cítara sonora,
despertáronse en mi mente
mil ideas ambiciosas.

si, tu encendiste en mi pecho
el deseo de la gloria,
é hiciste que yo anhelara
de poeta la corona.
Y por eso cuando canto
al son de mi lira tosca,
siempre es tu nombre el primero
que mi corazón invoca.

Son tus amenas canciones
la expresión mas seductora
de los afectos mas puros
con que las almas se adornan.
todo cuanto bello existe
y feliz nos ilusiona,
tu lo cantas complacida
con esa voz armoniosa;
con esa voz delicada
que dulce y flexible roba,
su vaguedad al ambiente
y á las flores el aroma.

Para aumentar el encanto
que al escucharla se goza,
débil suena, no queriendo
que las brisas la recojan;
y es que saliendo tan pura
de otras regiones hermosas,
temiendo empañarse, muere
cuando con la tierra toca.
En lánguido arrobamiento
el alma contempla absorta,
tanta exquisita ternura
bajo tan suave forma.

Ya pintas las ilusiones
de la virgen candorosa,
ya el rumor que hace escondido
el céfiro entre las hojas.
Sacerdotisa inspirada,
á veces cantas la gloria,
y la magestad sublime
del Dios de misericordia.
Oh! si yo imitar pudiera,
aunque fuera una vez sola,
de tu cítara divina
las tiernas, sencillas notas,
veria al fin satisfecha
la ardiente sed que me ahoga,
de alcanzar para mi frente
de poeta la corona.

VICENTE RODRIGUEZ VARO.

EFFECTOS DEL AMOR.

Creo que muy pocos, ó tal vez ninguno,
habrán dejado de rendir tributo al hijo de
Venus y de Marte, al inconstante Cupido,
quien también sufrió las consecuencias de

su tiránico imperio, sin embargo de ser Dios del amor, pues si no nos equivocamos, parece ser que hiriéndose con sus propias flechas sintió por la afortunada Psiquis la misma llama que tantas veces y en tantos corazones él con su propia mano había encendido. Preciso es reconocer que desde entonces no debe tener Cupido muy desarrollado el órgano de la vista, ó sus paseos por Madrid deben ser cuando la noche ha tendido su manto, pues de lo contrario creemos que el fracaso que le sucedió con Psiquis se hubiera repetido mas de una vez, ocupando el lugar de esta alguna bella madrileña.

Pero no es de Cupido verdaderamente de quien me propongo hablar, sino de un desgraciado ser á quien una malhadada pasión ha ocasionado muchos y muy amargos sinsabores.

Pablo Bosche, comerciante en compañía al por mayor, había salido á distraer su imaginación en una tarde apacible y serena á las frescas alamedas de la Fuente Castellana. Mil ideas diversas se sucedían en su pensamiento, según lo indicaba su aire meditabundo y su paso sosegado. Cerca ya del obelisco que lleva el nombre de nuestra soberanía que le dá á aquel paseo, me le encontré frente á frente, y sin embargo de pasar á su lado no reparó en mí, hasta que una ligera palmada en el hombro vino á sacarlo del estupor que le embargaba.

—Pablo, le dije, alguna desgracia cierta te ha sucedido; tu rostro, tus ademanes, el no haber reparado en mí, todo me indica que algo te pasa; tal vez una suspensión de pagos...

—Nada de eso, me contestó; no puedes figurarte los motivos de la mudanza que en mí encuentras. Siento decírtelo, amigo; pero esta noche parto para Francia, por ver si allí logro olvidar lo que no quisiera haber pasado.

—Tú te chanceas, Pablo; ¡marcharte á Francia! ¿Qué es lo que lo motiva!

—Es el último efecto de un amor desgraciado.

—Segun eso habrás sufrido algunos otros.

—Si, amigo; y te los referiré todos, ya que nuestra antigua amistad me responde de tu silencio.

—En cuanto á eso puedes estar tranquilo; pues nadie sabrá tu secreto. (Y lo cumplo tan bien, que va á saberlo todo Madrid).

Pues escucha. Hará cosa de un año salimos varios amigos del café de Levante, y nos dirigimos al teatro de la Cruz, donde se representaba el Hernani, del inmortal Verdi. Cuando entramos empezaba la escena segunda, y la simpática voz de Guasco despertó en mi corazón mil risueñas ilusiones, bien que á decir verdad, ya las había despertado un ángel que ocupaba la luneta inmediata á la mía. Durante la ópera no quité los ojos del sitio donde se hallaba mi bella desconocida; y desde aquella infeliz noche empieza la historia de mis desgracias. Despues de cuatro meses de hacer, como vulgarmente se dice, el *oso*, de ir á todas partes donde sabía que ella concurría, recibí un *no* capaz de exaltar, no digo á un hombre, á un *pollo* de la última cria. No desmayé con esto de mi propósito; y aunque me apuraba extraordinariamente el mal giro de mis negocios mercantiles por el ningún tiempo que tenía para dedicárselo, les robé la noche, únicos momentos que me ocupaba en ellos.

Efectivamente pasaba las horas muertas en un oscuro callejón, y como había llegado el invierno, y yo me presentaba en cuerpo, los saludables aires de Madrid me ocasionaron una pulmonía que me puso á las puertas del sepulcro. Cuando me restablecí, supe el mal estado de mis negocios y que era ya inevitable una suspensión de pagos. Colérico y fuera de mí salí á la calle por ver si podía encontrar el reposo que el hogar doméstico me negaba. Apenas había andado veinte pasos cuando me dijeron que mi inolvidable A. se había casado. Me decidí entonces á ceder mis bienes á mis acreedores, que eran mas que *tontunas* había hecho durante mi loco amor, y á partir á Francia donde pienso con lo poco que me ha quedado, ver si puedo recuperar mi anterior fortuna. Con que aquí tienes mi historia y los efectos del amor que en mal hora me inspiró Cupido, que como *pollo* no puede hacer nada bueno.

Despues de habernos despedido me

separé de él, y fui pensando largo rato en los efectos del amor que para él fueron a cual peor. 1.º Ponerse en ridículo. 2.º unas calabazas. 3.º Una pulmonía 4.º Una quiebra, y 5.º tener que abandonar su patria.

Cinco años hace que sucedió cuanto llevo referido, y no he podido pasar mas tiempo sin dar al público este episodio que por desgracia cuenta con muchas copias.

JOSE LOPEZ DE LONGORIA.

Al partir de la Habana.

A LAURA.

Bojo tu diáfano cielo
donde es mas hermoso el sol,
á la sombra de tus palmas,
de tus brisas al rumor,
con lágrimas en los ojos
y lágrimas en la voz,
por última vez entono
tal vez mi última canción:
adios, opulenta reina
de las Antillas, adios.

En ti queda mi ventura
que es mi ventura el amor
de aquella niña inocente
que el alma me aprisionó
apenas pisé tus playas
desventurado cantor,
sin mas fortuna en el mundo
que un mudo de inspiración,
y la inspiración fué siempre
compañera del dolor;
adios, opulenta reina
de las Antillas, adios.

Laura, estrella que en la noche
de mi infortunio brilló
mostrándome en lontananza
el puerto de salvación;
pura gota de rocío
que el viento depositó
sobre las marchitas hojas
del árbol del corazón;
blanda brisa que las nubes
de mi frente disipó,
devolviéndome á mi semblante
los matices de la flor;
¿qué será del pobre vate
allá en la patria región?
Tu eres el árbol pomposo
y la humilde yedra yo;

no mi partida, mi muerte
que flores sera mejor.

Si alguna vez en tu oído,
Laura, repite veloz
la brisa del mar, el eco
de enamorada canción,
esclama deshecha en llanto:
«es el ay! desgarrador
que desde la patria orilla
mi fiel amante cesaló»
Y corre al ameno bosque
testigo de nuestro ardor,
y en la palma en que mi mano
tu hermoso nombre escribió,
escribe á tu vez:—la ausencia
nada puede contra amor.—
«Mansas, cristalinas fuentes,
en que su sed apagó;
arbores á cuya sombra
burló los rayos del Sol;
enamorados sinsontes
cuyo canto armonizó;
brisas que de su albo cuello
esparcisteis en redor
su rubia melena, flores
que su mano acarició...
regocijas!—la ausencia
nada puede contra amor.»

E. HERNANDEZ.

PRIVILEGIOS DE LA MODA.

¿Qué quiere decir moda?—Una veleta social. Deidad caprichosa y voluble que juega á malsalva con la dignidad de los hombres y con la coquetería de las mujeres. ¿Quién sino ella sería capaz de tiznar los bigotes y llenarlos de engrudo? ¿Quién sino ella hizo lucir á nuestros abuelos sus pantorillas de alambre ó sus pies torcidos? ¿Quién sino ella hubiera hecho creer á nuestras madres que tenían el talle debajo del brazo, y que el vestido debía ser un canuto y el sombrero un *vehículo mayúsculo*? ¿Y quién sino ella haría que las mujeres de hoy, buscando la antítesis, se dejasen convencer por sus modistas de que el talle está en las caderas? ¿Acaso el cuerpo humano es de cera que puede modelarse al capricho de la moda? ¿Y el peinado?..

—¿Qué se hicieron aquellos *chefs-d'œuvre* de la peluquería?.. ¿Qué horror! ¿Desaparecieron!... En los hombres se usa la desvergonzada calva ó el simil de un cepillo.

Las mugeres llevan el cabello *ondulé* como las mulatas ó eso que llaman *bandeaux*, peinado escelente porque ahorra peluquero, pero peinado que hace creer á cualquiera, cuya vista no esté familiarizada con él, que la muger mas hermosa lleva un descomunal gorro negro.—¿Y las casacas de nuestros ascendientes con dos varas y pico de faldon? Hoy (por economía, que hay modas con conciencia), se suprimieron las dos varas y quedó el *pico*.

¿Respeto algo la moda? ¿Se respeta á sí misma? ¿No haria creer que era un payaso el hombre que se presentase hoy en público cumpliendo estrictamente la ley que ella promulgó en 1800, ó sin ir tan lejos en 1850?—Me parece estar viendo á la moda que traspasa el Pirineo, con los trajes de Luis XVI. ¡Bien venida sea! si al fin de llegar mañana para resucitarlos, venga hoy; los sastres reiran de contento viendo enterrar la ropa que hicieron ayer. ¡Sastres! ¡Maquiavelos de tijera! ¡Legisladores de *Mad. Mode* (la nombro en frances para que la conozcan mejor los españoles) allende los Pirineos! ¡Ministros que disponeis al capricho vuestro de los cuerpos humanos del mundo! detened á vuestra embajadora, que no contentos con ganar en vuestro país, la enviais á hacer la revolucion que nos saquea la bolsa.

EMILIA PALLARES.

Epigramas.

I

—«Garduña, con que á un millon
sube el pleito, si lo gano?
preguntaba á su escribano
el bueno de D. Simon.

—Y á dos tambien.

—¿No Garduña,
estará V. engañado!!

—¡Quia! con lo que he trabajado
tengo ese asunto en la uña.

II

Pidió á un peluquero Blas
que lo afeitase ligero,
pero afable el peluquero
quiso peinarlo ademas.

Al ver Blas lo que iba á hacer,
pagó y dijo con presteza:
«basta, basta; la cabeza
me la cuida mi muger.»

J. A. VIEDMA.

SOCIEDADES.

Dentro de breves dias deberá dar su primer baile en los espaciosos salones de la calle de Capellanes la sociedad que con el titulo de *Juanita*, los celebró durante la pasada temporada. Sabemos que la empresa no ha omitido gasto de ningun género para presentar este año sus reuniones con el lujo y elegancia que acostumbra.

La *Juventud Española*, sociedad de baile, ha tomado el local donde celebraba sus funciones Mr. Tourniaire, el cual hemos tenido el gusto de ver elegantemente adornado y dispuesto para continuar uno de estos dias sus reuniones aquella sociedad.

TEATRO REAL.

Esta noche á las ocho se pondrá en escena la aplaudida ópera en tres actos, *la Sonámbula*, en la que hará su segunda salida la prima donna, Sra. Rossi Caccia.

REPARTIMIENTO.

Amina. . . .	Señoras Rossi Caccia.
Lisa.	— Santa María.
Teresa. . . .	— Scannavino.
Elvino. . . .	Sres. Sinico.
Rodolfo. . .	— Scapini.
Alsio.	— Lopez.
Notario. . . .	— Ugalde.

En el primer acto tendrá lugar un baile, compuesto y dirigido por el Señor H. Monet y en el cual tomarán parte las señoritas Monet y Villetti.

NOTA. Se está ensayando para egecutarse á la mayor brevedad *la Lucrecia Borgia*, en la que hará la primera salida el Señor Belart.

38, Cervantes, por F. S. Madirolas.